

Arthur Conan Doyle: el odio al hijo

por Santiago R. Santerbás

Abundan los escritores que, más o menos explícitamente, han mostrado su animadversión hacia las personas o los lugares vinculados a sus orígenes biológicos. Sabemos que Franz Kafka odió a su padre; que las relaciones de James Joyce con su Dublín natal estuvieron dominadas por la ambivalencia amor-odio; que el recientemente desaparecido Thomas Bernhard abominaba de su Austria materna y de todo lo que, según él, ésta significaba. Sólo son tres ejemplos. Pero la lista posible (en la que, como es lógico, prevalecerían las actitudes ambiguas frente a las abiertamente unívocas) sería muy extensa.

No es tan habitual, en cambio, el caso del escritor que odia a sus criaturas, a sus hijos de ficción; tal vez porque, en la historia de la literatura, escasean los personajes capaces de hacer sombra a su creador. Sospecho que, de haber vivido algunos años más, Cervantes habría llegado a aborrecer a Don Quijote. Y presumo que, al final de sus días, Lewis Carroll detestaba a Alicia. Al margen de meras hipótesis, como las precedentes, dis-



GEO HUTCHINSON. ESTUDIO EN ESCARLATA. ED. WARD COCK, 1891.

ponemos de un ejemplo incuestionable: Arthur Conan Doyle odió sincera y fervorosamente a Sherlock Holmes.

Nacido en Edimburgo el 22 de

mayo de 1859, Arthur Conan Doyle, nieto, hijo y sobrino de prestigiosos dibujantes, se vería forzado, por razones de seguridad económica, a estudiar la carrera de medicina. Uno de

sus profesores en la facultad de Edimburgo, el doctor Joseph Bell —hombre inteligente, espigado, irónico, que gustaba de descubrir los pequeños secretos personales de sus alumnos mediante ingeniosos métodos deductivos—, sería el modelo germinal del futuro Sherlock Holmes. Después de trabajar como cirujano a bordo de un buque ballenero, el joven doctor Doyle se estableció en Southsea, un suburbio de Portsmouth, y contrajo matrimonio con Louise Hawkins.

Su consultorio médico nunca fue muy boyante. Quizás debamos a esa carencia de clientela el nacimiento de uno de los personajes más sugestivos de la literatura universal. En sus ratos libres, que debían de ser muchos, Doyle escribió *Un estudio en escarlata*, primera de las narraciones protagonizadas por Sherlock Holmes y su inseparable doctor Watson. Publicada en el *Betons Christmas Annual* de 1887, pasó inadvertida a los ojos de la crítica y del lector en general. Doyle, que siempre había venerado a su paisano Walter Scott, decidió consagrarse a la llamada novela histórica. Pero tres años más tarde volvería a sacar a la luz, en *El signo de los cuatro*, a Holmes y Watson. Re caería nuevamente en el género histórico (a esa época pertenece *La compañía blanca*, una de sus mejores novelas de tema medieval). Y, por fin, en el *Strand Magazine* de julio de 1891, iniciaría, con *Un escándalo en Bohemia*, la publicación de aventuras breves de Sherlock Holmes. A partir de ese momento, la popularidad y el éxito editorial y económico acompañarían a Arthur Conan Doyle hasta su muerte, acaecida el 7 de julio de 1930.

Pero esa popularidad y esos beneficios monetarios dependían primor-



ARTHUR CONAN DOYLE.

dialmente de Sherlock Holmes. El personaje se había independizado de su creador. Diariamente llegaban al 221 B de Baker Street cartas de todo el mundo solicitando la ayuda del detective o pidiendo información sobre su vida y costumbres. Doyle, por su parte, seguía creyendo que podía prescindir del género policiaco y triunfar en otros sectores narrativos más «elevados». Holmes era el único obstáculo que se interponía entre la realidad y el deseo. Y concibió el proyecto de acabar con él. La madre del novelista, al enterarse, le escribió: «No debes, no puedes hacerlo; no lo harás». Sin embargo, por designio de su creador, en la aventura titulada *El problema final* (diciembre, 1893), Sherlock Holmes caería, estrechado en un abrazo mortal con el profesor Moriarty, su más peligroso e improbable enemigo, en el abismo de las cataratas de Reichenbach, en Suiza.

La reacción colectiva no se hizo esperar. Doyle recibió centenares de cartas apesadumbradas o injuriosas. «Et tu quoque, Brute?», comenzaba una de ellas. Compelido por los innume-

rables admiradores del detective (y, a la cabeza de ellos, la propia madre del escritor), Doyle haría «resucitar» a Holmes en *La aventura de la casa vacía* (octubre, 1903). Y no volvería a incurrir en la tentación de matarlo de nuevo. El último relato holmesiano, *El fabricante de colores retirado*, apareció en enero de 1927, cuando Arthur Conan Doyle, que ya era *Sir* desde hacía un cuarto de siglo, se acercaba al final de su vida embriagado por las creencias espiritistas y la devoción a los fenómenos supranaturales.

No es incomprendible que Doyle odiara a Holmes. Tras resucitarlo, se sintió perpetuamente malogrado por culpa de su propio personaje. De vivir hoy, tendría aún más motivo para odiarlo. En todo el mundo existen sociedades y clubs dedicados al estudio y la glorificación de Sherlock Holmes. Y los eruditos holmesianos han convenido incluso en atribuir, no a Arthur Conan Doyle, sino al doctor John H. Watson, la paternidad de las cuatro novelas y cincuenta y seis relatos breves que integran el denominado «Canon»: Doyle sería, en todo caso, un simple agente literario de Watson, un seudónimo utilizado por éste. Aún siguen llegando cartas al 221 B de Baker Street (algunas de las cuales han sido publicadas bajo el patrocinio de la Abbey National Building Society, empresa ocupante del inmueble).

Ciertas tesis aseguran que, gracias a un equilibrado consumo de jalea real, Sherlock Holmes todavía está vivo. De ser así, el ectoplasma de Sir Arthur Conan Doyle se vería obligado a contemplar con admiración y rencor la figura enjuta, aguileña, inconfundible, del centenario rey de los detectives. ■